


## El encuentro clandestino de Kant con Diderot en pro del ateísmo ético

Roberto R. Aramayo

Instituto de Filosofía del CSIC (Madrid, España) ✉ 

<https://dx.doi.org/10.5209/kant.94464>

**ES Resumen:** Aquí se relata la conversación intelectual que Kant mantuvo con Diderot en el ámbito de las ideas, comprobándose una gran coincidencia entre los planteamientos de ambos en relación con un *ateísmo ético*, es decir, con esa emancipación que la ética debe tener con respecto a cualquier instancia o código externo, aunque uno lo hiciera sinfónicamente con su sistema crítico y el otro tan rapsódica como fragmentariamente. Se acentúa por otro lado que ambos manifestaron su compromiso e intervencionismo político al final de sus respectivas trayectorias.

**Palabras clave:** Kant; Diderot; Spinoza; Ateísmo ético.

### ENG Kant's Clandestine Meeting with Diderot in favor of Ethical Atheism

**Abstract:** Here the intellectual conversation that Kant had with Diderot in the field of ideas is recounted, proving a great coincidence between the approaches of both in relation to *ethical atheism*, that is, with that emancipation that ethics must have with respect to any instance or external code, although one did it symphonically with his critical system and the other as rhapsodic as it was fragmentary. On the other hand, it is emphasized that both expressed their commitment and political interventionism at the end of their respective careers.

**Keywords:** Kant; Diderot; Spinoza, Ethical Atheism.

**Cómo citar:** Aramayo, R. R., (2024). El encuentro clandestino de Kant con Diderot en pro del ateísmo ético. *Con-Textos Kantianos*, 19, 113-118. <https://dx.doi.org/10.5209/kant.94464>

La conciencia moral debe verse azuzada y acicateada para no descuidar lo bueno por hacer y tender a reparar las consecuencias del mal perpetrado, sin servirse del consuelo espiritual y religioso como una disculpa que calma la conciencia *cual si fuera opio* (Kant, *Religión AA 06 78n.*)

Tengo para mí que a Kant le hubiera gustado ser creyente. Su educación pietista y el influjo de su madre así parecían predeterminarlo. Sin embargo, la interpretación matemática del cosmos afianzada por Newton explicaba el universo mediante causas eficientes. Salvo alguna que otra cosa. La biología parecía tener sus propias reglas y, además, nuestra estructura mental tiende a la teleología, porque tendemos a considerar que una hipotética inteligencia superior actuaría también según fines. De ahí nuestra propensión a imaginar un artífice de la creación. Por añadidura esa hipótesis epistemológica deviene un postulado si nos trasladamos al ámbito moral.

Desde luego las relaciones de Kant con el Dios del cristianismo son muy complejas. En el contexto luterano desprecia la liturgia y ensalza el papel de la fe. Uno debe actuar con arreglo a su conciencia moral y sólo después creer que una instancia superior pueda respaldar nuestras buenas intenciones. Lo contrario imposibilita la ética. No se trata de acatar mandamientos y actuar con arreglo a un régimen de premios o castigos. Esa obediencia debida no conlleva virtud alguna. El comportamiento virtuoso precisa de una tensión entre nuestras inclinaciones y nuestro criterio ético.

Por eso Dios no puede ser un agente moral. Su voluntad sería santa por definición y, por lo tanto, no puede aspirar a emular ese modelo paradigmático, al tenerlo ya de partida. En cambio, el ser humano puede optar por suscribir una ley moral o conculcarla y en eso se cifra su agencia moral. No se trata de tener éxito y conseguir nuestros anhelos. Basta con que nuestro ánimo albergue una voluntad buena de suyo y no con respecto a una u otra meta.

Kant no pretende alumbrar criterios éticos ignotos, como si hasta ese momento la humanidad hubiese vivido al margen de las consideraciones morales. De ahí que se conforme con buscar una fórmula para

compulsar si obramos o no moralmente. Si la piedra de toque consistiera en acatar preceptos divinos, la ética haría mutis por el foro y seríamos meras marionetas que actúan tiradas por los hilos del temor o la esperanza en una recompensa.

Contra lo que se suele decir, a Kant le importa mucho la felicidad. Satisfacer nuestras necesidades nos hace felices y esto supone incluso un deber indirecto, porque la menesterosidad puede obstaculizar nuestro seguimiento del deber. Otra cosa es que antepongamos la consecución de nuestra dicha, sin importarnos que su búsqueda pueda causar un daño ajeno. Porque dentro de un orden social nuestra libertad tiene unos claros límites, al colindar con las libertades ajenas.

Acrescentar sin miramientos nuestro caprichoso libertinaje a buen seguro causará perjuicios en el prójimo. En la primera *Crítica* Kant nos habla de un sistema moral con recompensa implícita, puesto que nuestras restricciones tendrían el correlato de un comportamiento ajeno simétrico y esto nos beneficiaría. Pero enseguida comprende que no era un buen planteamiento, porque al involucrar cualquier interés la ética se desvirtúa y deviene un cálculo prudencial.

Fascinado por el ensayo espinosista de presentar una ética demostrada geoméricamente, Kant busca una especie de fórmula matemática que sirva para dirimir nuestros dilemas morales. Entiende que no cabe ponerse de acuerdo con respecto a conseguir algo, porque propendemos a querer lo mismo y disputárnoslo, tal como Carlos V y Francisco I pretendían conquistar Milán. Perseguir la consecución de alguna cosa generará un conflicto y la ética es el arte de difuminar los conflictos.

Así las cosas, Kant nos propone prescindir de toda materia y atender a una cuestión formal previa. Hagamos un experimento mental, nos viene a decir. En un momento dado puede resultarnos providencial recurrir a una mentira que nos haga salir airoso de un mal trance. Sin embargo, enseguida nos percataríamos de que tal máxima de conducta no podría valer como ley universal, es decir, como una norma válida para cualquiera en todo momento y lugar. De ase así, se arruinaría todo vínculo contractual, puesto que nadie daría crédito a la palabra dada. Bajo esa óptica la mentira es un mecanismo que se autodestruye automáticamente como regla social.

Por el contrario, no tratar a nadie como un mero medio instrumental, incluyéndonos a nosotros mismos, es algo que sí tiene una validez universal y es aplicable para todos los casos. Ver a los demás congéneres como personas que son fines en sí mismos, nos impone no tratarlos como simples cosas intercambiables a las que sí se puede aplicar un valor de mercado. La diferencia viene dada por una consideración estrictamente formal de índole apriorística. Eso no significa que no tratemos a los demás como medios, porque siempre lo haremos. El asunto es no tratarlos únicamente como tales en la esfera del deber ser, esto es, como una propensión utópica.

Lo ideal sería que un buen comportamiento se viera recompensado y viceversa, pero esto es algo que no le concierne a la reflexión moral y sólo incumbe a la religión. Los credos religiosos entienden que sus fieles más ortodoxos irán a uno u otro tipo de paraíso siguiendo escrupulosamente sus creencias. Pero la filosofía moral sólo admite que quien cumple con su deber se hace digno de ser feliz, sin preocuparse por el hecho de que tal expectativa sea vea o no satisfecha. Ciertamente es que un agente moral puede sentirse contento consigo mismo al cumplir con su deber y se procura ese tipo de satisfacción al conjurar eventuales remordimientos.

En la segunda edición de su tercera *Crítica* Kant añade un paréntesis tremendamente revelador, al convertir a Spinoza en el genuino héroe moral del formalismo ético. Dando por supuesto el ateísmo espinosista, se alaba que sin creer en conseguir una remuneración por su buen comportamiento y comprobar más bien lo contrario, ese ateo virtuoso que fuera Spinoza decida persistir en su actitud ética. Rodeado de males y maldad. Viendo sufrir a los mejores, mientras que se salen con la suya los peores.

Ayuno del auxilio de la providencia, Spinoza revalida su moralidad y concita el aplauso de Kant, al igual que aplaude la Revolución francesa desde una perspectiva política. En el *Opus Postumum* Kant sentencia que Dios no es un ser exterior a uno mismo, sino una idea que mana de nuestra interioridad, a la que define como razón auto-legisladora en el ámbito práctico. El colofón a su segunda *Crítica* viene a decir lo mismo con otras palabras. Por encima de nuestras cabezas está el cielo estrellado y dentro de nuestro fuero interno se halla, cual divina quintaesencia, la ley moral. Ahí es donde nos encontramos con lo que las religiones describen como divinidades.

Conseguir que nuestra voluntad sea buena sin más, al margen de lo que anhele, pretenda o consiga, es el culmen de la moralidad. Esto es algo vetado a Dios, que no puede aspirar a tener una voluntad buena de suyo porque la suya sería santa desde un principio. Al igual que, como sentencia el Wittgenstein del *Tractatus*, Dios tampoco puede concebir algo contradictorio en términos lógicos. Ni tampoco desde un punto de vista moral. Pues tal como enfatiza otro paréntesis, esta vez de la segunda *Crítica*, ni tan siquiera Dios podría permitirse tratar como simple medio a un ser humano. La omnipotencia divina se ha visto muy recortada por los filósofos antes de darlo por muerto. A decir verdad, Kant invierte la célebre sentencia que se atribuye a Dostoievski. Si existiera Dios y supiéramos de su existencia, no habría lugar para la ética, porque no estaríamos condenados a ser libres, por decirlo con Sartre, como de hecho lo estamos.

De ahí que se viera obligado a suprimir el saber en pro de la fe o el creer en la propia libertad. Si pudiéramos conocer que hay un Dios, dejaríamos de ser agentes morales, puesto que ya no rendiríamos cuentas ante nosotros mismos gracias a nuestra conciencia moral y renunciaríamos a ser dueños de nuestros actos, como bien dice Javier Muguerza. Cualquier ley heterónoma tendrá un carácter restrictivo y por lo tanto carecerá de raigambre moral. La ética demanda leyes autónomas que decidamos hacer nuestras por propia voluntad. Para eso conviene acatar la divisa ilustrada de pensar por cuenta propia y no dejarse tutelar por los taumaturgos de turno.

Newton le hizo ver que las matemáticas podían escudriñar los misterios de la naturaleza. Hume le despertó del sueño dogmático para suscribir un escepticismo metodológico, su filosofía crítica. Adam Smith le aportó dos claves imprescindibles para comprender a Kant: la simpatía que nos hace adoptar el punto de vista del otro, como señala el parágrafo 40 de la *Crítica del discernimiento*, junto a esa mano invisible que regularía el mercado y que Kant decide trasladar a su filosofía de la historia. En la estela de Voltaire propone hacer una historia filosófica que modifique las costumbres y, así, por ejemplo, el garante de una futura paz perpetua sería una providencia divina que usa como alias los términos naturaleza y destino, ampliando la otrora escandalosa homologación espinosista del *deus sive natura*.

El cuadro de los contemporáneos con quienes Kant dialoga, de un modo u otro, lo completan Rousseau y Diderot. El primero es calificado como Newton del orden moral, porque aporta claves fundamentales para explorar los insondables confines de la ética, como sin ir más lejos el papel de la conciencia moral y el que las leyes deban ser autónomas. Con el segundo comparte la íntima convicción de que solo un agnóstico ateo puede ser auténticamente virtuoso, al no esperar nada de su buen comportamiento, salvo la satisfacción de conducirse con arreglo a sus propios criterios morales.

Quien considere un anatema esta presentación de Kant, queda cordialmente invitado a releer sus obras, pero intentando captar el espíritu sin atenerse a una literalidad que no le hace justicia. Kant intentó comprender a Platón mejor que lo habría hecho este y eso mismo es lo que aconsejaría hacer con él. Los apuntes inéditos y esos paréntesis o adiciones que salpican sus obras, como sería el caso del Artículo secreto de *Hacia la paz perpetua*, nos ponen sobre la pista de un Kant que, *à contracoeur y malgré lui*, decide que uno debe ser necesariamente agnóstico y preferentemente ateo, si su aspiración es cultivar la ética. Puede que Heine llevase un poco de razón y Kant viera que mucha gente necesitaba tener el consuelo del opio religioso.

A modo de primicia mundial quisiera dejar constancia del hallazgo realizado hace poco por un especialista en Kant. Quienes custodian el Museo de L' Hermitage contactaron con la Universidad Estatal de Kaliningrado, es decir con la Universidad Estatal Immanuel Kant de Rusia, heredera del espíritu de la universidad regiomontana o de Königerbg en donde Kant llegó a oficiar como Rector. Las autoridades universitarias optaron por mandar a un joven doctorando que, tras esa visita, parece haber decidido dedicar su tesis a las relaciones entre Kant y Diderot. Yo mismo había publicado algún artículo a cerca del aire de familia que les hermana, pero en realidad no esperaba ver tan documentada la coincidencia intelectual de ambos filósofos, tan dispares en lo tocante a sus personalidad y costumbres.

Como sabíamos, Diderot llegó a San Petersburgo en 1773 al atardecer del 8 de octubre. Había decidido aceptar la invitación de su mecenas, Catalina La Grande, que le había permitido tener una buena dote para la boda de su hija, tras venderle su biblioteca personal y los manuscritos de sus obras, todo lo cual sería entregado a la emperatriz rusa nada más morir el filósofo. Algunos inéditos de Diderot han tardado muchos años en ver la luz y van aflorando de maneras muy pintorescas. Goethe tradujo al alemán un manuscrito que le pasó Schiller y la primera versión francesa se hizo a partir de ahí. La edición crítica de las obras debidas a Diderot avanza muy lentamente y por añadidura su catálogo podría verse incrementado con nuevas apariciones inesperadas.

Diderot quiso convencer a Catalina II de Rusia que hiciera una Enciclopedia rusa con su refrendo y rentabilizando su experiencia en esas lides. También aprovechó sus conversaciones con ella para darle consejos relativos a las reformas políticas que se proponía emprender, como muestran las obras donde recogió sus ideas al respecto. Según señala Raymond Trousson en su bien documentada cronología *Diderot día tras día*, el día 5 de marzo de 1774, a las cuatro de la tarde, sale de San Petersburgo, llegando el día 29 del mismo mes a Hamburgo.

No sabíamos lo que había hecho en ese intervalo de quince días. Un arcón abandonado en un subsuelo descubierto durante unas obras recientes hechas en el antiguo Palacio de Invierno contenía legajos olvidados que viajaron desde París hasta San Petersburgo tras las exequias del filósofo, junto a sus libros y los manuscritos originales de sus obras. Entre las copias conservadas por la hija de Diderot y descubiertas en un desván de sus herederos, lo que se conoce como fondo Vandeul, no figuraba ninguna copia de los documentos encontrados en L'Hermitage y que nos revelan un encuentro clandestino.

Todavía está en curso la transcripción del material encontrado en ese viaje arcón, muy deteriorado por la humedad pese a las fundas de cuero que recubrían los legajos, entre los que figura una carta sin catalogar de Kant y enviada hacia finales de 1772 a Diderot. En ella le felicita por ser el editor de una herramienta pedagógica tan útil como su famosa *Enciclopedia*. Le confiesa que la lectura de Rousseau, concretamente del *Emilio* y *El contrato social*, cambió sus prioridades hacia la defensa de los derechos humanos, tras haberlas fijado en la investigación teórica fascinado por Newton. La lectura de ciertos artículos publicados en la *Enciclopedia* le ha hecho perseverar en esa línea y le manifiesta cuánto le hubiera gustado viajar a París para conocerlo, cosa que le impiden plantearse sus compromisos académicos y sus medios económicos.

Al parecer, Diderot habría llevado consigo esta misiva kantiana y decide hacer una parada en Königsberg camino de Hamburgo, una escala de la que no teníamos noticias, porque los dos protagonistas del encuentro acordaron mantener su entrevista en secreto. Diderot se hospeda en una posada no muy lejana del domicilio kantiano y durante dos días conversan animadamente. Diderot rondaba la sesentena, mientras que a Kant le quedaba poco más de un mes para cumplir los cincuenta. Los dos compartían el placer de conversar durante la sobremesa tras haber degustado unas buenas viandas regadas con buenos caldos.

Vieron que también compartían puntos de vista fundamentales en sus respectivos itinerarios intelectuales. Diderot había evolucionado hacia un ateísmo ético desde una posición deísta y Kant había llegado a idéntica conclusión a partir del agnosticismo. Una moral basada en la religión desvirtúa el comportamiento virtuoso al operar mediante premios y castigos. La ética requiere de un fundamento autónomo gestionado

exclusivamente por nuestra conciencia moral. Obrar virtuosamente o de acuerdo con el deber nos pone contentos y ahuyenta los remordimientos. Los códigos religiosos y políticos deben plegarse al código natural. Ninguna instrucción aparentemente divina puede superponerse a lo que nos dicte la propia conciencia, como demuestra el sacrificio demandado a Abraham.

El buen salvaje de Rousseau sólo sirve para contrastar ciertas costumbres civilizadas relativas por ejemplo a las relaciones eróticas, tal como señala ese *Suplemento al Viaje de Bougainville* que Diderot ha retornado durante su estancia en la corte rusa. Según explica Kant en su *Antropología*, él prefiere partir del ser humano civilizado para completar los análisis de Rousseau. El ciudadano de Ginebra ha sido un interlocutor filosófico de ambos y por eso se molestan en matizar sus aportaciones.

Diderot no deja de participar a Kant sus charlas con Catalina y los consejos con que ha intentado influir en sus inminentes reformas políticas. Kant emulará este intento con Federico II de Prusia en *Qué es la Ilustración*, pero más tarde recordará la mala opinión de Diderot acerca del rey flautista que redactó un *Antimaquiavelo* con Voltaire y en las notas finales de su *Antropología* verterá un juicio muy diferente del monarca prusiano. El protocolo secreto añadido en la segunda edición de *Hacia la paz perpetua* deja muy claro el dictamen kantiano sobre que los filósofos gobiernen. Federico cuando accede al trono deja de ser un filósofo y viceversa. Otra cosa es que quienes gobiernan deban considerar el parecer de la comunidad filosófica en sus reformas.

A Diderot le había marcado mucho la experiencia de su hermana, inspiradora de *La religiosa*, e igualmente la cerrazón de su hermano sacerdote, cuya ciega y nada empática severidad tanto le irritaba. La suerte le libró de suceder en su puesto a un tío canónigo, tal como había planeado el padre de Diderot y el mundo eclesiástico le parecía tan hipócrita como inmoral. Pese a la educación pietista que le procuró su madre, Kant había llegado a idéntico resultado. Los canticos de las iglesias únicamente servían para molestar al vecindario y las oraciones no podían suplir al cumplimiento del deber.

Decidieron por tanto predicar su ateísmo ético desde muy diferentes pulpitos laicos y de maneras harto heterogéneas. Kant lo haría elaborando una especie de sinfonía eidética con su sistema crítico y Diderot seguiría haciéndolo rapsódicamente con sus relatos, guardando además en un cajón novelas que no podrían comprender sus coetáneos y debía disfrutar la posteridad. Ahí quedaban sus artículos publicados en la *Enciclopedia* con esas referencias cruzadas destinadas a que sacaran sus propias conclusiones los lectores comparando planteamientos antagónicos. Por su parte, Kant dedicaría un escrito a la religión, mostrando su respeto hacia el cristianismo como religión histórica, pero subrayando la independencia de un pensamiento ético que, lejos de necesitar a la teología, se ve amenazado por ella.

También se conjuran para postergar la publicación de sus ideas políticas. Los dos lo harán al final de sus trayectorias vitales. Diderot con sus contribuciones anónimas a las *Historia de las dos Indias* y Kant con sus escritos de los años noventa. Basta cruzar la quintaesencia de sus pronunciamientos para ver sus coincidencias. Quizá puedan aparecer nuevos legajos que documenten el encuentro clandestino entre Kant y Diderot. Con todo, incluso aunque tal encuentro fuera un relato ficticio, debería darnos que pensar, al encontrarnos ante los dos "apóstoles" del *ateísmo ético* de la Ilustración.

El puente intelectual que une a Kant con Diderot es en buena medida Rousseau, como sabemos gracias a esos legendarios paseos que Kant dejó de dar por Königsberg, para leer *El contrato social* y el *Emilio*. Esta lectura le hace inclinarse por primar lo práctico y concederle un estatuto epistemológico especial, recreando la teoría platónica de las ideas. Estas nos hacen fantasear de un modo estéril en el ámbito del conocimiento, haciéndonos imaginar que cabe sobrepasar las fronteras de la experiencia, pero son extraordinariamente fecundas para orientar nuestra conducta moral y nuestros conceptos jurídico-políticos.

Del deísta Rousseau toma Kant el extraordinario valor que decide asignar a la esperanza, otorgándole un estatuto similar al de las leyes naturales en lo tocante al conocimiento. Como señala en los *Sueños de un visionario* y recalca Javier Muguerza en *La razón sin esperanza*, esta es lo único que puede trastocar el fiel de la insobornable balanza racional. Sinónimo de objetividad en todos los campos, la razón sólo se deja tentar por las consideraciones epistemológicas en el terreno de lo práctico. Por eso no cabe desechar un planteamiento moral relativo a la ética, la política o el derecho tildándolo de una mera ensoñación filosófica.

A Kant le divierte que se consideren peligrosos políticamente sus planteamientos metafísicos, al tiempo que se les considera igualmente como fabulaciones inofensivas producto de mentes calenturientas y bienpensantes desconectadas con la realidad. Por eso reclama que se deje hablar a quienes cultivan la filosofía y constituyen el ala izquierda del parlamento aniversario, porque su misión es criticar al poder establecido en uno u otro sector para que puedan mejorarse sus edictos o códigos. No se trata de conquistar el poder o asumirlo, sino de mantenerlo a raya para que no se desmande y no propicie situaciones que generan traumáticas revoluciones políticas.

Durante la década del silencio Kant rumiará los hitos que jalonan su itinerario crítico y su precisión rigurosa le hace ralentizar la presentación de resultados, como diríamos ahora en ese lenguaje burocrático-administrativo que todo lo contamina. La revolución copernicana de su teoría del conocimiento le hace demorar lo que supone su mayor interés. Lo que constituye su máxima prioridad es explorar un criterio moral válido para cualquiera bajo cualesquiera circunstancias y de ahí nace su formalismo ético. Aun cuando en realidad aun sea más importante dar con la clave para generar leyes políticas que suscribamos autónomamente, como si las hubiera dado la propia ciudadanía concernida por ellas. Esta es la verdadera piedra filosofal kantiana. Dar con una constitución política que cada cual haga suya sin coacciones de ningún tipo.

Recreemos por un momento la bien documentada visita de Rousseau a su amigo del alma encarcelado en Vincennes. A Diderot le han apresado sus publicaciones y al imputarle obras que ni siquiera eran suyas decide no reconocer ninguna, comprometiéndose por otra parte a no reincidir. Voltaire hizo que Madame de Châtelet escribiese al director de la prisión, pariente suyo, para que tratase bien a Diderot y eso suavizó

mucho las condiciones del cautiverio. Se distrajo traduciendo a Platón, su *Apología de Sócrates* en concreto, al identificarse con la suerte corrida por Sócrates al ser encausado injustamente.

El andarín de Rousseau fue caminando desde París hasta la fortaleza para visitar a su amigo. Un golpe de calor le hizo hacer una parada bajo un árbol umbroso y en una gaceta leyó el aviso que cambiaría su vida. Se trataba de un concurso ensayístico. Cuando llegó a la cárcel estaba todavía bajo los efectos de una revelación. Sólo recordaba una pequeña parte de cuanto había vislumbrado en su mente tras leer el anuncio y buscar una respuesta para la pregunta de si las ciencias contribuían al progreso moral. Diderot le animó a tratar el tema con un enfoque heterodoxo y según parece posteriormente también le ayudó a pulir la primera versión del texto. Al ganar el concurso con ese planteamiento paradójico Rousseau se convirtió en un autor célebre.

La fama le pesaría tanto como para reprocharle a Diderot que cambiara su destino, convirtiéndolo en filósofo y por tanto en un rival. Nada más lejano del ánimo de un Diderot a quien la rivalidad no le causaba el menor problema. De hecho, Rousseau era bastante mejor que Diderot jugando al ajedrez y este no entendía por qué no le concedía una pequeña ventaja inicial para igualar el juego, propuesta que no fue aceptada por el autor del discurso relativo al origen de la desigualdad, que prefirió seguir ganando a su contrincante y se limitó a preguntarle si le molestaba perder, lo que no era el caso.

Al generoso Diderot le asombraba que Rousseau hubiera desarrollado un sistema político a partir de una paradoja ingeniosa y que hubiera sabido revestirla de tanta elocuencia. Sin embargo, en su *Ensayo sobre los reinos de Claudio y de Nerón*, Diderot reconoce apreciar al escritor, pero sentir cierto desprecio hacia su personalidad. Le molesta mucho el hecho de que, sin haberle perseguido ni odiado, Rousseau le insultara pérfidamente tras reconocer su inocencia. Por eso prefiere limitarse a darle la razón, cuando en una obra póstuma, *Rousseau, juez de Jean-Jacques*, se declare loco, hipócrita y mentiroso, dejando que sea la posteridad quien juzgue su obra intelectual y su bipolar conducta moral.

Comoquiera que sea, Rousseau absorbe hace suyas algunas ideas de Diderot, como el concepto de voluntad general, según muestra la lectura de sus respectivos artículos *Economía política* y *Derecho natural* publicados en la *Enciclopedia*. Mientras Diderot guarda sin publicar sus escritos, esperando a que la posteridad pueda comprenderlos, Rousseau despliega su portentosa retórica en sus ensayos, una novela, un tratado pedagógico y sus novelescos escritos autobiográficos. En ellos recoge las ideas que flotaban en el ambiente de los *philosophes* y estas llegan hasta Königsberg, igual que lo hace la *Enciclopedia*.

Resulta difícil encontrar tres biografías más dispares que las de Diderot, Kant y Rousseau. Pero sin embargo sus respectivas aportaciones resultan cruciales para el movimiento ilustrado, sin que resulte demasiado útil distinguir entre una línea radical y otra moderada. Por supuesto el ateísmo materialista de Diderot está mucho más decantado. Rousseau transita de un credo a otro y Kant define al cristianismo como la religión más moral. Mas coinciden al primar el papel de la conciencia y plantear una ética sin otro apoyo que nuestro propio criterio autónomo decantado por la reflexividad crítica.

Sus estilos no pueden ser más diversos. El fragmento y el diálogo de quien, después de todo, vislumbró lo que podría ser el cine al hablarnos de la caverna platónica. La magia de una prosa musical que sabía hechizar a sus lectores, como reconoce Kant, quien apostó por prescindir de las metáforas en sus obras mayores, aunque demuestre tener una pluma bastante más ágil en las menores. Ninguno fue un revolucionario político, porque los tres preferían la vía reformista. Sin embargo, Rousseau fue idolatrado como un inspirador de una Revolución Francesa que Kant aplaudió, al igual que Diderot ensalzó la Revolución Americana.

Sin el filósofo francés, el ensayista ginebrino y el profesor prusiano la Ilustración europea no hubiera sido lo que fue. Y, por lo tanto, la modernidad hubiera transitado por otros derroteros. El aprecio por un escepticismo metodológico que rehúya los dogmas. Seguir los dictados de nuestra conciencia sin pretender imponerlos para negarnos a secundar injustas obediencias presuntamente debidas. No actuar en pos de una recompensa ni por temor a un castigo. Entender que los principios de libertad, igualdad e independencia son fundamentales para una comunidad política. Renegar de cualquier autoridad que contradiga nuestro buen juicio. Captar los denominadores comunes del pensamiento de Diderot, Kant y Rousseau nos alientan a visitar una época donde se luchó contra el fanatismo de la superstición. Lo que nunca viene mal.

A propuesta de Gerardo López Sastre y el resto del equipo que lo posibilita, el Seminario sobre Ilustración de la Fundación Ortega celebró una sesión para comentar este mismo texto. Nuria Sánchez Madrid presentó un excelente comentario donde se allegaban excelentes argumentos y citas muy oportunas para matizar la tesis expuesta en las páginas precedentes. En el diálogo posterior participaron Javier Espinosa, Cris Laursen, Melania Moscoso, Concha Roldán y Astrid Wagner. Todo ello facilitó enfatizar el aire de familia que hay entre Kant y Diderot en lo tocante a un *ateísmo ético* que no debe confundirse con ese otro de carácter más bien *épico*, empeñado en renegar de la existencia divina e instalado en el imaginario colectivo. Estos dos abogados del ateísmo ético parten de posiciones deístas, pasan por el agnosticismo y terminan suscribiendo un materialismo ateo.

En ambos casos el agente moral tiene que cumplir con su deber sin encomendarse al auxilio de una instancia transcendente, porque la conciencia moral es el juez supremo y ninguna otra corte puede sancionar positiva o negativamente sus dictámenes. No hay que aguardar a ningún Juicio Final para rendir cuentas del propio comportamiento, porque nos juzgamos constantemente con la mayor severidad. Cuando Kant responde a la primera de sus tres preguntas, delimita las fronteras de nuestra capacidad cognoscitiva dejando fuera cuanto no venga desde la experiencia, lo que le hace suscribir el agnosticismo con respecto a una divinidad transcendente. Para contestar a la segunda tiene que recurrir a una fe práctica, la del creer que somos libres al margen de las determinaciones causales. Aunque debería bastarnos con eso, nos preguntamos por el desenlace de nuestros actos y ahí es donde interviene la esperanza de que se consume lo perseguido al acatar el deber.

Sólo hay un hecho de la razón: la libertad. Tal es el único credo kantiano. El obrar *como si* fuéramos libres para seguir los dictados de nuestra conciencia moral y transformar así el mundo con que nos encontramos. La inmortalidad anímica y la existencia de Dios únicamente son postulados del teorema. Sondean unas condiciones de posibilidad que permiten imaginar los horizontes utópicos a perseguir asintóticamente, al ser ucrónicos por definición. La coalición entre virtud y felicidad sería el bien supremo de la moral, porque lo suyo sería que, al hacernos dignos de ser felices, no dejáramos de serlo. Pero sólo nos compete lo primero, dado que lo segundo queda en manos de la suerte y unas incontrolables circunstancias aleatorias que no se hallan bajo nuestro control. Lo que sí podemos conseguir es que nuestra voluntad sea buena sin más y no con respecto al éxito de sus voliciones.

Albergar la esperanza de que una instancia con capacidad para ello suplementará nuestras buenas intenciones ajustadas al deber, sin tener en modo alguno la expectativa cierta de su hipotética consumación, es algo que nos reconforta, pero que no puede suponer en modo alguno una motivación previa. De igual modo, en la persecución del bien supremo político, la consecución de una paz perpetua, Kant nos habla de una garantía que desvela su instrumentalización práctica del concepto de Dios, al utilizar como sinónimas las nociones de naturaleza, providencia o destino, con arreglo al estilo de nuestro razonamiento teleológico. La identificación espinosista del *Deus sive natura* se completa con el *fatum* estoico. Más nos vale creer que la dialéctica del antagonismo hace desplegar nuestras mejores disposiciones naturales y contribuyan a neutralizar las inclinaciones egotistas que nos impiden actuar causando el menor daño posible.

Lo aplicado en el ámbito de la moral y la política también vale para un deseable Reino de los Fines, en donde las personas no se instrumentalicen mutuamente. La manera de concebir su mera posibilidad es imaginarnos una garantía del mismo, tal como lo hacemos para no desfallecer al perseguir una definitiva paz perpetua y un supremo bien moral consumado. La filosofía kantiana de la historia se sirve del mismo esquema y en ese ámbito se visualiza mejor su fórmula. El relevo generacional y el continuo avance asintótico son equivalentes funcionales de los postulados del bien supremo ético, asegurando por añadidura ese desinterés personal que demanda la ética kantiana. En el párrafo 87 de la tercera *Crítica* y en el colofón de la segunda, Kant viene a suscribir un materialismo al gusto de Diderot, cuando reconoce que con la muerte reintegramos al planeta, un simple punto del cosmos, esa materia que sin saber cómo fue dotada durante breve lapso con una energía vital.

Sin embargo, esa certeza materialista no impide a cada cual reconocer en su fuero interno una divinidad interior: esa conciencia moral que nos hace creer en una libertad capaz de traspasar cualquier límite para comportarnos éticamente. Tal es la grandeza del ateísmo ético que Kant comparte con Diderot. Nuestro destino es obrar como si fuéramos capaces de conseguir nuestras anheladas utopías morales, confiando en que alguna otra instancia pudiera rematar la jugada sin saber cómo podría hacerlo, puesto que si lo supiéramos no tendría ningún valor ético nuestro comportamiento presuntamente moral. Si supiéramos que Dios existe no habría lugar para la ética y seríamos meros autómatas incapaces de ser autónomos, al ser unas marionetas manejadas por algún guionista que nos haría jugar un determinado papel dentro de su representación. Se trata de creer que somos libres para obrar con total autonomía.

\* \* \*

Comoquiera que sea, en 2024 se conmemora el natalicio kantiano y la comunidad internacional quizá debiera declararla durante un año Ciudad Cultural Cosmopolita bajo el rótulo de *Kantsburgo*, para homenajear con ello al filósofo de Königsberg y propiciar encuentros que deliberen sobre cómo cabría instaurar ciertas condiciones de posibilidad para una paz duradera entre los pueblos del globo terráqueo.

## Referencias bibliográficas

- <https://theconversation.com/por-una-biblioteca-en-espanol-de-acceso-abierto-a-las-obras-de-kant-202581> (2023)
- <https://www.nuevatribuna.es/articulo/actualidad/ateismo-etico-vs-ateismo-epico-tv3-laicismo-iglesia/20230526123130212127.html> (2023)
- <https://www.nuevatribuna.es/articulo/cultura---ocio/kantsburgo-capitalidad-cultural-simbolica-pro-paz-kant/20230509130417211477.html> (2023)
- <https://www.nuevatribuna.es/articulo/cultura---ocio/encuentro-secreto-diderot-kant-apostoles-ateismo-etico-ilustracion/20230406223735210390.html> (2023)
- <https://www.nuevatribuna.es/articulo/cultura---ocio/pedigri-filosofia-imprescindible-mestizaje/20230218205131208517.html> (2023)
- <https://www.nuevatribuna.es/articulo/cultura---ocio/javier-muguerza-suenos-razon-sinrazones-ensonacion-utopica/20221126094616205374.html> (2023)
- <https://theconversation.com/que-podria-decirle-kant-a-putin-sobre-la-invasion-de-ucrania-178789> (2022)
- <https://theconversation.com/por-que-kant-sigue-estando-de-actualidad-175599> (2022)
- <https://www.nuevatribuna.es/articulo/cultura---ocio/javier-muguerza-suenos-razon-sinrazones-ensonacion-utopica/20221126094616205374.html> (2022)